

# EUROPA, COMO UNA REALIDAD HISTORICA

— Por José Cepeda Adán —

*Catedrático de Historia en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. Miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ha trabajado especialmente sobre la aportación extranjera a la investigación histórica española.*



Entre los países integrantes de esta comunidad que llamamos Europa pueden distinguirse dos clases de miembros: los situados en el centro geográfico del Continente y los que forman la orla de su periferia, los «fronteros» con otros ámbitos o mundos. Los primeros —Alemania, Francia, por ejemplo—, no necesitan definir de continuo su europeidad que por descontado se les supone. Los segundos, por el contrario —España, Rusia, entre ellos—, llevan siglos esforzándose en afirmar que también ellos son europeos por lo que piden ser admitidos con pleno derecho en la tarea común, pero con poca fortuna y cuando en parte lo consiguen es con muchas reticencias. Es el eterno destino de los «fronteros», sean hombres o pueblos, que viven en perenne vigilancia, defensores de las esencias de una comunidad, pero a quienes el contacto con otras culturas y la brega diaria con ellas han impreso unos rasgos peculiares en su caracterización, rasgos que frecuente e interesadamente se exageran cuando se les quiere marginar. «Son diferentes; no son del todo europeos» suele ser la frase típica sobre la que apoyar incomprensiones y egoísmos que exacerban y acentúan el «complejo de europeísmo» de los rechazados

\* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, La Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa. ▶

quienes, inútilmente, deben recordar cuántas veces fueron «escudo y escuela de Europa», como dijo de la España Medieval el maestro don Claudio Sánchez Albornoz. En su argumentación precisan recordar a los otros que Europa es a la postre y nada más que un resultado histórico, un fluir de etapas y momentos diferentes en los que cada pueblo ha puesto su nota en la melodía final. Y esta historia contemplada desde esa lejanía a la que se le quiere confinar y con la evidencia de que algo tuvo que ver en algunas coyunturas decisivas de ese pasado, apartada para bien o para mal de las últimas zarzabandas continentales, adquiere una amplia perspectiva que permite conocer el proceso en todo su desarrollo.

Europa es, primero de todo, una expresión geográfica que hace referencia a un conjunto no muy grande de tierras colgadas como un apéndice del macizo asiático y profusamente recortadas en sus líneas costeras. Pequeño en comparación con los otros continentes, precisamente esta exigüidad de sus dimensiones es uno de los primeros rasgos que deben destacarse si tenemos en cuenta el papel capital que ha jugado en la historia del mundo. Una de las primeras paradojas de las muchas que presenta este ámbito geográfico.

Pero si sobrepasamos esta primera visión cartográfica —escenario y suelo nutricional, variado y diverso, que de alguna manera ha influido en sus hombres—, Europa es una cultura y una historia que, en su desarrollo, conforma y explica ese otro concepto más profundo y rico que llamamos mundo occidental. Un acontecer que, sin «patriotería» europeísta, ha sido durante muchos siglos el eje de la historia universal.

---

▷ En números anteriores se han publicado *Génesis histórica del europeísmo*, por Antonio Truyol Serra, Catedrático de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense; *Balance y perspectivas del Mercado Común*, por Matías Rodríguez Inciarte, Técnico Comercial del Estado; *Portugal y la Comunidad Económica Europea*, por José da Silva Lopes, ex-ministro de Finanzas de Portugal; *Reflexiones sobre política europea*, por Thierry de Montbrial, Director del Instituto Francés de Relaciones Exteriores; *Reflexiones políticas sobre defensa y seguridad de Europa*, por Javier Rupérez, Embajador de España en el Consejo del Atlántico Norte; *La defensa y la seguridad europeas*, por Fernando Morán, Diplomático y escritor; *El triángulo euroatlántico*, por James O. Goldsborough, miembro del Consejo para las Relaciones Exteriores de Nueva York; *Los grupos políticos en el Parlamento Europeo*, por Jacques Georgel, Profesor de la Facultad de Cien- ▶

El contenido último de esa historia agitada y secular, reducido a sus líneas esquemáticas, podría ser el siguiente: la lucha entre la unidad y la diversidad, dos ideas-fuerzas que juegan en efecto en la dinámica europea. Por una parte, la tendencia a lo unitario en el orden político continental, a la configuración de un Estado europeo único montado sobre las variantes de geografía, lengua, cultura e historia, de las parcelas, en fin, en que se matiza la concreción geográfica. Por otra, y como reacción, una corriente que defiende precisamente esas variantes, esas definidas personalidades, esas microhistorias que llamamos naciones, patrias, estados. El choque de ambas a través de los siglos forma el fondo sobre el que se proyectan los acontecimientos múltiples de su historia. Un constante movimiento pendular que va de la unidad a la variedad, de lo uno a lo múltiple. Pero en ningún momento, lo macizo; jamás esa característica de otros continentes que se cierran y cosifican durante milenios para despertar luego espoleados, no se olvide, por la inquietud, la aventura, el incentivo y el egoísmo también de los mismos europeos. Entre nosotros en cambio no hay momentos vacíos; todo es lucha, agonía; la vida diaria hay que recrearla por cada pueblo todos los amaneceres. Pero en esa tensión está su singularidad y de ella deriva, además, la riqueza de su cultura. La lucha requiere ingenio, reflejos rápidos, acomodaciones nuevas,

cias Jurídicas de Rennes; *Europa y el sistema internacional*, por Ian Smart, Ex-Director adjunto del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos; *América Latina, Europa y el Nuevo Orden Económico Internacional*, por Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; *Europa: una economía en la encrucijada*, por José Luis Sampedro, Catedrático de Estructura Económica; *Europa y el desafío ecologista*, por Konrad von Moltke, Director del Instituto de Política Europea del Medio Ambiente; *Europa, como idea e impulso*, por Hendrik Brugmans, Profesor de Historia de las Civilizaciones en la Universidad Católica de Lovaina; *La identidad ideológica de la Europa Occidental*, por José María de Areilza, Presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa; *Europa frente a los cambios mundiales*, por Raymond Barre, Ex-Vicepresidente para asuntos económicos y financieros de la Comisión de las Comunidades Europeas; *El Parlamento Europeo*, por Simone Veil, Ex-Presidenta del Parlamento Europeo; *La aportación de Europa frente a la crisis*, por François X. Ortoli, Vicepresidente para asuntos económicos y financieros de la Comisión de las Comunidades Europeas; *Grecia, en el contexto de la Comunidad Europea*, por Jean Siotis, Director del Centro Helénico de Formación Europea; y *Europa y Suramérica*, por Francisco Orrego Vicuña, Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

traumatismos dolorosos y, como resultado de todo ello, un espíritu alerta que no descansa jamás y produce el arco iris de la ciencia y el arte europeos tan inconfundibles en su unidad y tan coloreados a la vez por las singularidades de raza y paisaje.

Ahora bien, inmediatamente surge la pregunta. Hemos dicho que esa permanente tensión forma el entramado de su historia, pero la historia es siempre *historia de algo*: un suceder que le acontece a un sujeto. ¿Cuál es, debemos preguntarnos, el ser último de Europa al que le ocurre esa historia? Permítasenos una metáfora explicativa. Europa es a la manera de un lago de aguas agitadas al que afluyen varios ríos cuyas fuentes proceden de lejanos veneros. En los orígenes encontramos el río del monoteísmo hebreo cristiano que conformará la nota de su espiritualidad y de la definición última del hombre. Luego, la corriente de la filosofía griega: ese sencillo y, a la vez, ese asombroso preguntarle a las cosas su porqué, su explicación final, que formará el grano de mostaza de la ciencia occidental. Tras esto el sentido ordenador de Roma que opone al caos el sistema; una vocación jerarquizadora que va a convertir la simple coexistencia en convivencia humana. Espiritualidad, curiosidad y orden: he aquí las tres raíces de esa Europa que aún no se llama así. Esta primera realidad se asienta en los bordes del Mediterráneo y a su espalda queda un mundo sin definir, brumoso, todavía simple elemento geoétnico que irá siendo captado por esa primera célula breve que centra el Mar Interior. Y aquí nos sale al paso otra nota distintiva del ser europeo: su capacidad de embeber, de hacer suyo, de transformar lo que entra en su contacto y como resultado de esa marcha, su expansión. Europa en su avance va cambiando el puro paisaje en sociedad; va, como diría uno de nuestros clásicos, «barriendo la selvaticuez». Todo lo que llega a sus fronteras acaba siendo suyo por un proceso gradual, aunque después, en ocasiones, se vuelva contra ella misma con sus propias armas. Los romanos acuñaron ya dos términos para expresar esta curiosa ósmosis histórica: el *limes* y el *glacis*. El *limes* señala la línea fronteriza, allí donde termina exactamente lo asimilado —lo europeo, diríamos hoy—; y sobre esa línea se extiende el *glacis*, territorio de co-

bertura que establece la zona de contacto muy complejo con lo extraño que de este modo va sufriendo el proceso de mutación hasta acabar haciéndose propio.

Cabe señalar que en esta etapa inicial del pasado europeo la Península Ibérica estuvo presente de una manera destacada por cuanto constituye uno de los lados del paréntesis que forma el Mediterráneo y hacia ella se dirigen las primeras corrientes que viajan de oriente a occidente en busca de riquezas y transportando, a su vez, las primarias formas de civilización. España será, en cierto sentido, la América de la Antigüedad, el fin de viaje de los pioneros europeos. Entrará plenamente a formar parte de un ámbito cultural muy definido que se desarrolla en las riberas de este mar, caracterizado por una específica estructura económica que condiciona una forma de vida donde el trato, el intercambio, el cambalache dominan las relaciones humanas. En la ciudad mediterránea el *ágora*, el *foro*, el *zoco* o la *plaza mayor* centran la vida ciudadana, dando lugar a una típica cultura coloquial donde el diálogo adquiere un valor supremo porque «hablando se entiende la gente». Todo lo grande y bello se hace a través de la palabra desde las predicaciones religiosas hasta las creaciones del arte popular. En esta punta de Europa empezará a fraguarse una manera propia de entender lo europeo como síntesis de influencias en el cruce de oriente y occidente.

Como resultado también de esa primera captación, en el lago europeo empiezan a verter sus aguas en tiempos posteriores otras corrientes que enriquecen su contenido: la inquietud y la dinámica de los pueblos del norte que saben del útil arte de transformar la ciencia en técnica. De esta forma se va constituyendo esa realidad última llena de matices como una lira de muchas cuerdas.

Es ahora cuando podemos hablar de su historia, de esa contienda unidad-diversidad que no cesa nunca. La primera etapa, una vez reconocidos los tres presupuestos básicos, es la romana-mediterránea que aparece definida tras muchos ensayos en el siglo I de nuestra era con el Imperio de Augusto. Existe ya en aquella hora una primera conciencia de unidad que se materializa en la tela de araña de las vías romanas y se expresa en una lengua común y acaba unificándose religiosamente en el Cristia-

nismo. Es, fijémonos bien, en este primer estadio cuando se crea la idea de comunidad, el sentimiento de ser solidarios, de estar formando parte de un orden superior; idea de unidad que, destruida luego en su actualidad romano-imperial, dormirá sin desaparecer como un sueño latente de una unidad perdida y que resucitará en varios momentos posteriores adaptada a las nuevas situaciones y encarnada por distintos hombres y pueblos.

Esta primera realidad se disgrega y triunfa sobre ella la opuesta, la diversidad, a la caída del Imperio Romano y el asentamiento de los pueblos invasores. Comienza entonces la Edad Media, difícil y de penosos principios. Hay que reconstruir casi todo, pero al europeo le queda un repertorio de ideas y recuerdos con los que reelaborará su futuro. Son los siglos de una Cristiandad de lazos espirituales y caminos ásperos que parece encerrarse tímidamente en sus valles para guardar el rescoldo de una época perdida. Nuestra Península, mientras tanto, libra en sus tierras una singular batalla en que se enfrentan Oriente y Occidente, el Alándalus musulmán contra los Reinos cristianos que se aferran a su raíz europea para subsistir primero y vencer después, aunque el resultado sea una singular forma de cultura que entraña una convivencia de hombres y religiones desconocida en otras latitudes. Por otra parte, a través de esa peculiar vividura, Europa aprenderá los saberes muy desarrollados que aportaban los musulmanes españoles.

En esta Europa Medieval pronto surge el primer ensayo de una reconstrucción de la unidad perdida. Carlomagno, el primer soñador de una occidentalidad efectiva, buscará un centro casi geométrico para su Imperio, Aquisgram, junto al Rhin, el río que dibuja el centro del Continente. Desde aquí trazará un nuevo *limes* sobre el que monta los *glacis* de contención y captación de la parte que aún era casi únicamente geografía. Estos glacis se llaman ahora *marcas* que cubren los flancos del territorio imperial: la Marca Sajona, la Marca Bávara, la Marca del Este, la Marca Hispánica. Como símbolo de esta construcción quedarán grabadas en la imaginación de los europeos solemnes coronaciones y el recuerdo de un poder superior.

Empero este primer edificio no resiste mucho tiempo

el envite de las fuerzas nuevas —nacidas, no se olvide, de la misma entraña geográfica y cultural del Continente— que pugnan por encontrar su propia definición. Así se llegará al Tratado de Verdún (843) en el que los nietos del fundador del Imperio se reparten sus trozos con lo que se dibuja el futuro de las grandes nacionalidades del Occidente, Francia y Alemania con el Rhin en medio como frontera de tensión. Otra vez el arco iris de unos pueblos que se esfuerzan ahora por cristalizar hacia dentro, buscando en ellos lo distintivo y singular. Pronto tendremos las naciones, la Europa de los reinos y señoríos, que en su despliegue de individualidades enriquecerá de matices la unitaria cultura común. No obstante este mosaico, a través de los difíciles y entrecortados caminos de la Europa Feudal siguen marchando los caminantes, los eternos viajeros de Occidente en busca de lo que les une: peregrinos, espiritualidad; maestros, ciencia; y comerciantes, riquezas. Los tres verdaderos aventureros que mantienen el universalismo europeo. Peregrinos de Compostela, escolásticos italianos y alemanes explicando en París, comerciantes audaces que atraviesan los puertos de montaña o de mar para servir a todos. Sobre esta Europa, en fin, de reyes y señores se extienden los estilos internacionales del románico y el gótico que hablan un lenguaje común de formas y soluciones.

Con el Renacimiento —magna eclosión de este Occidente que se lanza a la más increíble del pensamiento y la acción— adviene una nueva idea de formidable empuje, la razón de Estado, que va a hacer más radical la lucha. La tensión desde ahora se traduce en el choque entre los intentos de hegemonía de ciertas potencias —España, Francia— y la resistencia de las naciones al ordenamiento supraestatal que propugnan los emperadores o monarcas ambiciosos. En este plano se sitúa el frente de la lucha contra España a lo largo de los siglos XVI y XVII y la oposición al predominio francés después de arrumbado el hispánico. Esta resistencia se refuerza con las razones de Estado y con el cultivo intencionado de los rasgos nacionales. Surge al calor de la lucha una literatura violenta de crítica y distorsión del contrario que se simplifica en principios elementales: todo lo propio es bueno y lo extraño malo. La unidad cultural se ero-

siona con esa piedra corrosiva de las leyendas polémicas. Se elabora también entonces el concepto delimitativo de frontera y el mapa de Europa, como consecuencia, se tiñe de colores a la manera de un mosaico representativo de la nueva realidad. Sobre este cuadro, por último, una frontera más profunda taja el mapa, la religiosa. A un lado de ella queda el mundo de la Reforma que ha roto con Roma; del otro se extiende el ámbito de la Contrarreforma que defiende un concepto de europeidad distinto al anterior. Son estos siglos, ciertamente, los más dramáticos para la vieja idea unitaria del Continente. Durante muchas décadas arde la guerra —las «guerras civiles» de los europeos, que decían algunos teóricos españoles, calando muy hondo en el drama— por todos los campos. En ocasiones, aquí o allá, suenan voces que llaman a la concordia —Bossuet, Leibniz—, pero que son apagadas por la incomprensión y la calentura de las pasiones nacionalistas.

Resultado de esta trágica situación que amenaza destruir las esencias europeas, se abre paso un concepto nuevo que se ofrece desde finales del siglo XVII como solución para la convivencia y el orden. Es este la *doctrina del equilibrio*. Partamos, se piensa, de un hecho real como es la existencia de múltiples estados y su enfrentamiento inevitable; hagamos de forma que, si no se puede desterrar la guerra, sea al menos evitada por una idea negativa, pesimista, si se quiere, pero eminentemente pragmática. Sólo se ataca al vecino cuando se piensa ser superior a él. Si establecemos, pues, un juego de fuerzas contrapesadas, de bloques equivalentes, ese equilibrio ponderativo mantendrá la inestable paz. Sobre este principio discurrirá la historia europea del siglo XVIII; evidentemente con frecuentes quiebras del sistema que, sin embargo, no le hacen perder su vigencia.

Es otra vez una profunda conmoción de la estructura total de su ser la que pondrá en revisión los principios del ordenamiento continental. La revolución Francesa, al derrumbar el edificio político del Antiguo Régimen, hace brotar sentimientos y corrientes de signo contradictorio. Por un lado, es una llamada al pueblo, a los estratos más íntimos de la nación que se ponen en pie para hacer su guerra, «la guerra popular» —en Francia, en España, en Rusia—; pero, por otro, como un último fruto de esa



pasión revolucionaria y exaltación de ella misma, en la cabeza de un hombre, hijo predilecto de la revolución, Napoleón Bonaparte, revive el sueño de la unidad europea, traducido ahora en lengua francesa, y con él concibe un orden imperial en el que hace y deshace reinos, recompone fronteras y juega con su familia al ajedrez de los tronos. Pero en los bordes de esa Europa napoleónica vigilan tres pueblos fronterizos que no están dispuestos a aceptar este racional y esquemático orden impuesto. Inglaterra con su mar, España con su sol y Rusia con su hielo disolverán el sueño bonapartista. Es ahora, ante el resultado de esta colosal contienda, cuando podemos establecer otra constante de la historia que venimos considerando. Siempre que esa unidad ha querido imponerse por la fuerza, a base de rulo y masificación, los sentimientos opuestos han reobrado con titánico coraje hasta lo inverosímil, como un instinto de conservación y han conseguido triunfar. La unidad, pues, parece que no podrá llegar por ese camino, sino por la superación de contrarios en una esfera más amplia y como una realidad definida frente a otros mundos que la cercan.

El intento frustrado de Napoleón reafirmó de nuevo el principio del equilibrio. Es a partir de 1818 cuando los europeos se plantean la necesidad de encontrar una fórmula de supergobierno, de instancia superior que resuelva los conflictos interestatales. ¿Gobierno de varios —los vencedores—? ¿Gobiernos de todos? De aquí los sucesivos ensayos que van desde la Pentarquía a la ONU, pasando por la Europa de los Congresos, las Conferencias Internacionales y la Sociedad de Naciones. A la vez, esta Europa del ochocientos se lanza a un nuevo expansionismo empujada por la formidable retaguardia de su revolución industrial. Es el siglo de los nuevos imperios coloniales en Africa y Asia, perdido ya el dominio de América adonde habían transportado el ser europeo los pueblos navegantes del quinientos, capitaneados por España. A lo largo del siglo XIX los occidentales imponen su dominio y su estilo en un mundo dormido y fácil. El sistema internacional vigente es el que ellos imponen, aparte pequeñas querellas caseras que no trascienden. En esta centuria, por último, se fraguan las últimas nacionalidades en el caldo del romanticismo; y Alemania e Italia pasan de ser «meras expresiones geográficas» a desta-

cados miembros de este concierto de Estados europeos que rigen el mundo. También en el próximo oriente Turquía suelta su presa y la cultura europea recupera el conjunto de tierras empeñadas desde hacia muchos siglos. Se completa de este modo su fisonomía geográfica e histórica.

Pero al doblar el siglo veinte, cuando más dorado parecía el horizonte, de nuevo sobre sus tierras se desencadena la tormenta como resultado de una crisis profunda de valores, de ideas, de estructuras sociales, de excesos de nacionalismos económicos, sobre todo, de egoísmos cerrados. Las dos Guerras Mundiales que definen la «época de la violencia», como acertadamente ha sido llamado este período, ponen a prueba seriamente el Viejo Continente y atraen a su lucha a las potencias que le flanquean. Sobre la Europa dolorida de 1940 se pasea otra vez el fantasma de la unidad impuesta por la fuerza, violenta y rasera, proclamada en nombre de superioridades biológicas y étnicas —negación misma de la razón de ser europea— o de revoluciones salvadoras e igualatorias. Mas también, como siempre, lo vario y singular, el profundo sentimiento de la propia personalidad, barrerá esta amenaza para reanudar la historia del diálogo abierto aun cuando en ocasiones suene encrespado. Con todo, se hace clara la necesidad de encontrar un modo efectivo de acercamiento que, conservando la Europa de las patrias, alumbré la Europa de la Comunidad a partir de los intereses económicos hasta alcanzar un estadio superior de entendimiento cultural y humano. Pero, como siempre ha sucedido, serán esos nacionalismos económicos los que retrasen y pongan en peligro esa urgente necesidad de unidad ante la amenaza de los colosos que rodean el pequeño Continente. Ahora bien, las pruebas de esa historia han sido muy difíciles y una realidad se impone. Otros mundos, otras fuerzas se alzan pidiendo paso con ideologías unitarias y ambiciones imperialistas. Una evidencia se hace patente a los europeos: o *se unen* o *les unen*. ¿Sabrán en esta angustiosa circunstancia encontrar las notas comunes que permitan llegar a esa unidad buscada y querida a lo largo de los siglos o...? Pero esto ya es futuro. Confíemos en los recursos y en el ingenio de esta vieja Europa que viene jugando con fuego desde su misma cuna.